



## *Cronista Oficial del Real Sitio y Villa de Aranjuez*

### LOS BOYEROS

Hay oficios en la vida que aunque pasen muchos años y estos hayan ido desapareciendo, siempre se tendrá constancia de ellos. Otros sin embargo no son sino un recuerdo transmitido por los mas mayores.

Desde tiempos inmemoriales, el Patrimonio de la Corona en este Real Sitio contó entre sus pertenencias con Bueyes, animales que utilizó en tareas de arrastre y transporte de grandes troncos de árboles, labranza y otros trabajos que más adelante expondré. Para la conducción de estos animales nace la figura del boyero. Este, era aquel que se encargaba de la conducción de los trinquivales, carretas y cuidado de dichos animales.

Los bueyes, animales de aspecto tosco y rudo, fueron parte del paisaje ribereño desde tiempos atávicos. A través de la documentación existente en los fondos patrimoniales se constata como desde la compra de algarroba para alimento de estos en 1839, aprovechamiento de sus carnes por el cambio de yuntas de bueyes inútiles, cambio de excedente de estos animales por otros en 1871, hasta comienzo de los años sesenta del presente siglo, aquellos animales con su presencia tuvieron un papel fundamental en aquellas duras tareas.



Los boyeros, empleados de la Casa de la Corona eran personajes diestros en el manejo y conducción de estos animales, la unión hombre-animal era tan estrecha que, el

cambio de su conductor y cuidador suponía en muchos casos la inestabilidad del animal y por consiguiente el rechazo de aquel. De aquellos empleados que estuvieron estrechamente ligado al mundo de aquellos animales, como uno de los boyeros mas conocido en el ámbito ribereño fue Antonio González del Moral.

Boyero de toda la vida, ingreso en este oficio el día 8 de abril de 1928, con un jornal diario de cinco pesetas y cincuenta céntimos. Antonio, fiel cuidador y conductor de sus animales era quizás uno de los boyeros que pudo tomarse ciertas licencias con ellos. Como ejemplo con aquel buey llamado Nevado por sus manchas blancas en su piel oscura. Este según cuentan, fue el animal inseparable con el que ha lo largo de su vida Antonio compartió muchas horas, llegando como digo a ser el único empleado que se podía tomar ciertas “alegrías”.



Transcurre la vida de Antonio al igual que el resto de los boyeros, la dedicación y cuidado de aquellos animales supone mucho sacrificio e infinidad de horas de trabajo. Pero aquel ribereño aun le queda tiempo para dedicar horas de su tiempo libre en favor de los demás, ingresa el día 1 de junio de 1930 en la Asamblea de la Cruz Roja ribereña siendo por entonces su Presidente, Eduardo Varón.



Llega la contienda civil, en aquellas épocas sus funciones no se alteran siguiendo sus tareas de boyero, ascendiendo el jornal a nueve pesetas y cincuenta céntimos. Terminada la confrontación civil, tanto el cómo casi el resto de la plantilla laboral es sometida a lo que entonces se llamó expediente de depuración.

Sus actitudes personales y profesionales ya habían calado sobradamente en sus superiores, su actividad política había sido nula. Su entonces jefe inmediato rompe una

lanza en su favor argumentando ante quien compete la capacidad como persona y trabajador a sus ordenes.

*En cuanto a su actuación y desempeño del cargo de boyero he de manifestar que el manejo de los dos Toros que tiene a su cargo es delicado por tratarse de dos toros de 5 años, que los cuida y lleva admirablemente y aunque pudiera su cargo ser desempeñado por otro obrero cualquiera, seguramente perdería mucho este ganado en el trato que otro le diera, por el cariño y celo e inteligencia en los duros trabajos del transporte de grandes árboles.*

Transcurrida aquella problemática los boyeros continuaron en sus obligaciones. Pero no paraba aquí las labores de aquel boyero, a Antonio se le encargaba la recepción y conducción de dos mulos con fecha 18 de mayo de 1943 desde el Palacio de Oriente hasta este Real Sitio y Villa.

Un elemento de trabajo característico de aquellos hombres al caminar junto a los trinquivales o carretas era una vara larga de almendro o avellano. Según Prudencio, este útil era indispensable para la conducción de aquellos animales, ya que en la punta de la vara tenia un clavo incrustado que limado solo la cabeza quedaba una pequeña punta, con la cual ha un leve pinchazo al animal en una de sus partes traseras este tomaba una dirección u otra, o bien aligeraba el paso si este decaía, con lo cual es indudable que este útil se convertía en un elemento conductor del boyero. Aun así, por regla general aquellos animales el único ramal que conocían era la actitud del boyero, que habitualmente siempre iba precediendo al trinquival o carreta, interpretando los animales los pasos de aquel hombre.

Siguiendo la línea de trabajo que he llevado en otras ocasiones en cuanto a las vivencias que residen en nuestros mayores, en esta última parte contaré con las vivencias de aquellos mayores que en su día fueron testigos directos de aquel trajín cotidiano de boyeros y bueyes.



Antonio, hijo de aquel Antonio González del Moral, boyero de muchos años, me contaba como un fortuito accidente estuvo a punto de tener un final un tanto comprometido para su padre.

*Un día pasando mi padre con una yunta de Bueyes por el Puente de Barcas, mi padre iba precediendo a los animales, cuando de forma inesperada uno de los Bueyes resbala cayendo al suelo. Al levantarse el animal y de forma inesperada, una de las astas se engancha en el cinturón levantándole levemente, el animal rápidamente bajo la cabeza dejándole caer. En ningún momento aquellos animales tuvieron intención de causarle daño alguno.*

En la actividad de aquellos hombres para el transporte de aquellos inmensos árboles utilizaban como ya expuse el trinival, la recogida y transporte de aquellos inmensos troncos se realizaba de la siguiente forma:

*Se ponían dos troncos de base y otro encima dejando hueco por debajo para meter las cadenas, rodeando de esta forma los tres troncos para posteriormente ser cogidos por el trinival.*

*El trinival concretamente era como un carro pero sin la caja. Se componía de un varal grueso en el centro que salía del eje de las ruedas. Hacia un arco grande y arriba llevaba una cuña que al bajar, los troncos eran enganchados en las cadenas*



*bajando el varal y quedando en suspenso los tres troncos entre las ruedas y los animales para ser transportados los troncos.*

Aquellos inmensos árboles eran transportados posteriormente a la serrería del “cercado” propiedad del Patrimonio Nacional, esta estaba situada en la orilla del río Tajo lindando con el Restaurante Delicias. Una vez allí los troncos, eran sometidos a la ley de las grandes sierras llamadas *de carrillo*, que el tronco va en una plataforma sujeto por unas cuñas a los lados llevado por un guía en unos raíles, le pasan por una

*sierra grande hasta que le dejan cuadrado para sacar de ahí tablones anchos, gordos o a la medida que sea.*

Según Prudencio, el Aranjuez de hoy no es el de entonces, el de sus inmensos terrenos copados por grandísimas arboledas y profunda vegetación, hoy se asiste al roturado y en otros casos a las plantaciones de grandes praderas de césped.

A la actividad frenética en invierno del transporte de aquellos inmensos troncos también se suma otras faenas: labrar las tierras, repartir tarugos de leña en volquetes, recoger el estiércol para la posterior fertilización de las tierras de labor, recogida de hojas con las carretas para su traslado al pudridero donde posteriormente se conseguía un excelente mantillo, un sinfín de actividades que si bien algunas no eran propias de ellos, puntualmente las desarrollaban. Digamos que el trabajo del boyero se asemejaba al del carretero, andar con los bueyes. El cuidado de aquellos animales también como es obvio correspondía a aquel personaje, independientemente de los mozos o cuadreros que hubiere, el boyero también debía de cuidar de las cuabras, darles el pienso, agua, limpiarlos y a la vuelta de la faena para dejarlos en el descanso hasta la jornada siguiente dejándolos alimento hasta la jornada siguiente.



Manuel, antiguo empleado de la Real Casa del Patrimonio y Manuela su esposa, recuerdan como en tiempos pasados los empleados obtenían leña para las estufas de la siguiente forma.

Los empleados acudíamos a las oficinas a pagar el importe de la leña que queríamos, después íbamos al Jardinero Mayor y él autorizaba para que los boyeros lo llevaran a casa, lo transportaban con un volquete y un mulo.

Manuela, esposa de este antiguo empleado de la Casa, contaba como también había otras diferencias en cuanto a la forma de adquirir leña.

Las partes bajas del Patio de Infantes eran leñeras que tenían los jefes; El Administrador, Interventor, el otro, el otro, todos tenían leñeras. Toda la planta baja era de leñeras individuales para cada uno de ellos, después se hicieron viviendas en toda aquellas leñeras que son lo que hay hoy.

La vida de aquel boyero, Antonio González, no es sino el fiel reflejo de todos aquellos que le precedieron en aquellas duras tareas, bien es verdad que aquel boyero tenía cierta bula a la hora de comunicarse con los animales o bien pudo estar dotado de un encanto especial para tratar de comprender algo mejor el pensamiento de aquellos rudos pero tranquilos animales.

El trasiego o vida cotidiana de boyeros y bueyes, era según los mayores que hoy lo recuerdan con nostalgia un episodio muy del lugar, pagina esta que conduce en muchos casos a recordar otros motivos agradables que tuvo esta Villa y que inevitablemente no volverán, pasando a ser leyenda y parte de la historia de este Real Sitio y sus gentes.

Mi agradecimiento al Archivo General de Palacio, D. Antonio González Parrilla, hijo de D. Antonio González del Moral (boyero) por la documentación facilitada para la consecución de este trabajo; D. Prudencio Puerta. D. Manuel Sánchez y a su esposa D<sup>a</sup>. Manuela Sánchez-Valladares.

José Luis Lindo Martínez